

La cosa no va de árboles

Santiago Barber

Para la publicación *El Gran Pollo de la Alameda. Cómo nació, creció y se resiste a ser comido. Una docena de años de lucha social en el barrio de la Alameda*. VVAA, Sevilla. 2006

La dimensión social de la cooperación alcanza en Villardilla cotas tan altas como los árboles que nos alojaron durante las poco más de dos semanas que duró el “alzamiento”. Resulta difícil abarcar los significados de tal experiencia habida cuenta que fuimos cientos de personas las que con nuestra alegría y tesón nos empeñamos en abrir una pequeña ciudad en el interior del bosque alamedero, Y me encuentro también en la dificultad de narrar un suceso que nació como expresión de lo múltiple, y que enfatizado con su sentido lúdico y resistente provocaba que sólo el hecho de estar allí te hiciera sentirte parte de aquello. Siendo, además como era, una especie de *living-room comunitario*, no podemos dejar de imaginar la amplitud de lecturas y maneras que la gente tuvo que poner en marcha para darle significado a aquellas tres torretas instaladas en la parte norte de la Alameda.

La creación de esta pequeña ciudad autónoma se situaba, de alguna manera, en la alturas para poder comprometerse más firmemente con lo que pasaba a ras de tierra y supone uno de los momentos álgidos de la lucha colectiva comenzada por la *Plataforma contra el aparcamiento bajo la Alameda* y continuada por la *Plataforma Alamedaviva*, en su intento de frenar los planes de un parquin subterráneo en el mismo paseo de la Alameda.

Públicamente, Villardilla exponía su negativa al parquin como una de sus principales reivindicaciones, pero de igual modo también hizo incapié en aspectos como la falta de participación, la ocultación de los planes previstos por parte del ayuntamiento y la tala indiscriminada de la mayor parte de los árboles del paseo. En este último sentido, Alamedaviva, denunció que no se había hecho público ningún informe fitosanitario que “avalara” la necesidad de tal actuación, y que la estimación de que el 65% de los árboles estaban en mal estado (como se apuntaba en la memoria del proyecto de reurbanización), había sido realizada a “ojímetro” por el Ayto. Para despejar las sospechas de falta de rigor, Alamedaviva encargó a un especialista la elaboración de un informe sobre la situación real de la arboleda, que determinó que, exceptuando algún ejemplar concreto, la masa arbórea no presentaba afecciones más allá de los normales en todos los árboles de la ciudad, habida cuenta la agresividad del medio urbano y la secular falta de atención y cuidados municipales. Sobre estos pilares se edificó la contestación, que adquiría tintes de defensa directa tanto sobre los árboles como sobre la integridad misma del paseo.

Pero no se trataba de un gesto último y salvador de unos pocos iluminados; eso hubiera sido mucho más sencillo de realizar y coordinar. Se trataba de crear un acontecimiento proactivo y marcadamente integrador. Proactivo en cuanto que el sentido radicalmente propositivo del acto ejercía un desplazamiento más allá de demandas concretas, existía, en efecto, la amenaza fundada del parquin, pero nuestra opción forzaba un adelanto, creando una situación que obligaba, en cierto modo, a posicionarse tanto a la administración como a la opinión pública de la ciudad. Y esa asunción de nuestro humilde poder significaba una alegre visibilidad que devenía afirmación y voluntad de acción. Asimismo era integrador por su preparación, pues

veníamos de construir una asamblea permanente que trabajaba a diario desde hacía un mes y donde muchos de los esfuerzos estuvieron dedicados a aglutinar a sectores y gentes que trabajaban por la recuperación del barrio desde múltiples frentes.

La producción del acontecimiento convirtió Villardilla en un centro de debates, experiencias y acciones que se nutría de una diversidad de conocimientos y discursos que acababan conformando su posible potencial; así, podemos hablar de una acumulación del **saber intelectual** en cuanto que se ponían sobre la mesa reflexiones y planteamientos que, desde el movimiento de Okupación, la plaza contra el aparcamiento y algunas asociaciones de vecinos combativas, se habían venido elaborando desde hacía tiempo. Estas líneas de investigación desde la base, enriquecidas por continuas aportaciones, suponen, de hecho, un contramapa crítico en perpetuo movimiento de las políticas urbanísticas y sociales que formalizan el modelo dominante de hacer ciudad.

Como acto cargado de representación, Villardilla constituye también una **práctica cultural**. Propiamente era una intervención en el espacio público físico y social, que, asimismo, daba pie a múltiples trabajos que trataban de llenar este espacio ocupado de nuevas asociaciones y experiencias, reinterpretándolo. Monedas, coches, árboles, paredes, todo era susceptible de ser intervenido, señalizado. Además el hecho de que se realizaran multitud de actividades como cine de verano, decoración de árboles, cuentacuentos, juegos para niños, lecturas de poesía, actuaciones de flamenco, fiestas nocturnas, etc, y que todo se hiciera coincidir con la noche de San Juan, con larga tradición en la Alameda, suponía la construcción de un reclamo al entorno artístico y cultural de la zona. Como producción simbólica aglutinaba todo lo anterior junto a la poética imagen de una ciudad en las alturas, que no se puede acotar ni reducir y que pertenece al imaginario resistente que nos han legado El Barón rampante, Tarzán y los suyos, el bardo Asurancetúrix y Huckleberry Fynn entre otros.

El fuerte **sentido antagonista** de la acción es otra de las patas de Villardilla. Supone un no esperar a que vengan las máquinas, a que digan que sí, e implica una afirmación: estamos aquí más allá de vuestro estúpido parkin y hemos elegido crear un acontecimiento rebelde lleno de vitalidad. Adquiría nuevo sentido tanto por su experimentación expresiva como por el hecho de ser una acumulación de muchas luchas anteriores, de las cuales era deudora.

Por último, el **aspecto comunicacional** tuvo especial relevancia. El trabajo con los medios, tal y como se cuenta más abajo, se pensó como un terreno a conquistar sin dejar de tener en cuenta los peligros simplificadores que lo acompañan. Asimismo como gran altavoz que no quería dejar nada sin tocar se trabajaron otros niveles: vecinos “de toda la vida”, usuarios nocturnos, otras asociaciones, paseantes y otras posibles audiencias como la del mercadillo dominical. Y era así porque se buscó deliberadamente no limitar toda la acción a una demanda concreta, ni patrimonializar el papel de Alamedaviva más allá de lo necesario, con lo que se buscaba una mayor empatía y creación de posibles alianzas.

Resulta curiosa y también predecible la lectura que desde algún que otro medio se proyectó en referencia al colectivo de ardillas, *“llevan sandalias de cuero, bicis viejas y perros que no son de raza, además de pelos y atuendos más o menos extravagantes”*, y esa visión tan empobrecedora y pintoresquista parece que no entendió que, en el propio acto de permanecer allí visibles estaba implícito el hecho de dar la palabra, y poder recibirla, desde muchas realidades del barrio e incluso de otros puntos conflictivos de la ciudad. Y aunque no se consiguiera toda la imbricación deseable con otros sectores que tenían mucho que decir, se proponía, por tanto, como maquinaria de inclusión, como termómetro latente de ciertas

realidades ninguneadas; así era contado, a modo de crónica por José P. de Lama: *“En Sevilla piden otra cosa para la Alameda, y para los últimos barrios populares del centro histórico que la rodean. Piden una ciudad que no se mida con el metro del Dinero y que se mida en su lugar con otros metros: Un metro verde, que proteja los árboles y mida el calentamiento global, valore las energías renovables y la movilidad sostenible. Otro metro que considere que el patrimonio de las ciudades consiste en la diversidad de las formas de vida de sus habitantes, tradicionales, nuevas y múltiples. Otro metro más que lleve una marquita pequeña que diga que la vivienda, y también el uso de los espacios públicos, son un derecho y no un privilegio. Otro más cuyas escalas paralelas emparejan la incertidumbre con la intensidad de la vida en un extremo, y en el otro la seguridad con la represión policial y política. Contra la gentrificación, también denominada empijización. Los incautos, sin embargo, no están solos ni son pocos, y todos juntos se han lanzado al asalto del cielo, con la palabra y también con la acción”*

Si como decimos, éste *en la alameda no sobra nadie* tuvo una lectura perversa desde algún medio reaccionario, si consiguió, sin embargo, colarse bajo múltiples formas en gran cantidad de páginas de prensa y en las portadas de los telediarios, locales y nacionales, como un suceso estrambótico y digno de atención. Mezcla de espectáculo, okupación y hartazgo vecinal, se ejecutaba abiertamente una demostración de presencia y visibilidad difícil de codificar por los media y los estamentos políticos, aunque enormemente seductora para los primeros. Y aunque a éstos desde un principio les resultara fotogénico, resultón y hasta gracioso todo el tinglado acababan irremediablemente inmersos en lo que llamamos “desayunos aéreos temáticos”, un foro donde cada día se les invitaba a escuchar situaciones y problemáticas que les eran relatadas por quienes las estaban sufriendo en primera persona. Así, se las vieron con Carlos Vera, que junto con otras 20 familias fue desalojado del corral de vecinos donde vivía, en c/Castilla 141, tras unas obras que los propietarios hicieron con deliberada negligencia para provocar la ruina del edificio, con la connivencia del Ayuntamiento. Con las batalladoras de la Plataforma por la Casa del Pumarejo, en pugna con la Gerencia de Urbanismo ante la amenaza de que ésta fuera convertida en hotel de lujo, previo desalojo y posterior derribo de uno de los edificios más emblemáticos del barrio. Con colectivos que trabajan contra la exclusión social y en apoyo de los drogodependientes. Con las incipientes redes de solidaridad con los migrantes. Con colectivos pro-derechos humanos. Con vecinxs que exigían más equipamientos, dotaciones y espacios públicos. Con gentes que les explicaban, ante el estupor de los periodistas, en qué consistían los supuestos planes de rehabilitación y porqué un parquin no traería nada bueno al barrio. Con testimonios estremecedores como el de Celestina León, nacida en la alameda en 1924 y que tiene esparcidas las cenizas de su marido en los árboles alrededor de la estatua de Manolo Caracol, también nacido y vecino del barrio. Y con Juan Nuñez, que lleva 30 años con su pequeño taller industrial de la calle San Luis y que sufre el acoso de la propia empresa municipal de la vivienda (EMVISESA), que lo pretende desalojar para construir apartamentos.

Era, como vemos, un lugar donde todo el mundo que pasaba sentía la curiosidad de acercarse y preguntar, estaba cerca de varios bares muy transitados, ejercía una atracción cercana, popular y es por eso que la confluencia de jóvenes radicales, maris de toda la vida, yonquis, niñxs y personajes de toda condición que pululan por la Alameda, fuera una constante que le proporcionaba todo el sentido y legitimidad.

En el día a día de Villardilla faltó alguna cartera y algún que otro bolso, pero es de justicia recordar como algunas yonquis y gorrillas se lanzaban a recaudar pasta para apoyar el campamento. La convivencia en ese sentido fue ejemplar y solidaria, vecinxs que traían

comida, plantas y geranios, gente que se ofrecía para lo que hiciera falta. Evidentemente no faltaron las tensiones ni los momentos en los que resultaba complicado sostener aquello, y conforme lo fuimos viviendo se vió lo trabajoso de mantener toda la actividad y buen funcionamiento del Conjunto Resistencial.

Fué en una de las asambleas diarias donde se tomó la decisión, tras dos semanas de “alzamiento local”, de dar por finalizada con una gran manifestación, una iniciativa que, por lo demás, no había nacido con vocación de permanencia indefinida sino de catalizador coyuntural y estratégico, reconociendo a partir de ahí que las espadas seguían en alto y que había que pasar a otro tipo de acciones como así fué y así se lo cuentan en el capítulo siguiente.